





ENANAS BLANCAS



Julieta Torres Lerdo de Tejada

ENANAS BLANCAS



Primera edición: junio 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Julieta Torres Lerdo de Tejada

ISBN: 978-84-18663-84-0

ISBN digital: 978-84-18663-85-7

Depósito legal: M-16591-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para mi familia



Capítulo 1

*Duerme, niña, duerme,
que el sol ya no abraza,
que el día se te escapa.
Duerme, mi niña, duerme,
que el mar te susurra,
y la brisa se arrima.
Duerme, mi niña, duerme,
que te alcanza su espuma
y te envuelven sus olas.
Duerme, mi niña, duerme.
Duerme, mi niña y respira.
Duerme, mi niña y descansa.*

La veo correr, como si tras sus pasos se abriera un precipicio. Su hermana le estruja los dedos mientras avanzan, ahora lo recuerda. Sabe que no debe soltarse a pesar de las dudas ni del dolor que se agudiza a cada paso. Necesita saber quién es el muerto en Playa Blanca. Amanda recuerda estar en el Almacén de don Pascual eligiendo las verduras más frescas del huacal. Tarareaba una canción de cuna, cuando los gritos provenientes de la calle interrumpieron el sopor que la envolvía.

—¡Un ahogado! ¡Hay un ahogado en Playa Blanca! ¡Está muerto!

Por un momento, creyó reconocer la voz de Isabel. Supuso que la mujer de cabellos enramados con hojas de vid era víctima

de alguna nueva alucinación, por lo que prefirió ignorarla; como don Pascual, que continuó acomodando las latas de conserva en la estantería más alta del local. La experiencia había demostrado al dueño del almacén que los presagios de Isabel podían ser muy atinados en sus momentos de lucidez, pero, en la mayoría de casos, resultaban amenazas incoherentes. Mejor evitarla. Los gritos también pasaron desapercibidos para Amelia, que admiraba a las mujeres fotografiadas en el suplemento del periódico nacional. Estudiaba cómo replicar esos peinados exóticos que les dan un halo de sofisticación y atrevimiento que a ella le gustaría tener. Pero la sorpresa fue de todos al ver a doña Dolores atravesar la puerta del local con el rostro pálido y desencajado. Le temblaban las manos, y su distinguida compostura parecía haberse quedado tras la puerta. Don Pascual se precipitó sobre la mujer al verle ademanes de caer desmayada. Las hermanas también se aproximaron para ayudar, Amelia abanicándole aire con el periódico en mano y Amanda ofreciendo un vaso de agua. Dolores dio un par de sorbos que aliviaron su garganta, recuperó un hilo de voz inhalando hondo y soltó las palabras.

—¡Avisen a don Rómulo, que el ahogado es uno de los suyos!

Como mal augurio, el estruendo del vaso al estrellarse contra el suelo resuena en la cabeza de Amanda sin tregua. El tirón de Amelia la obligó a abandonar el local sin esperar más explicaciones. Ahora, la voz de Dolores se le enreda como telaraña nublando su visión. Sabe que avanza al ritmo de los latidos de su corazón, lo siente en el estómago, que se agita nauseabundo. El trayecto se le antoja irreconocible, distante y ajeno. Se aferra a la mano de su hermana y se deja llevar.

Mientras corre, recuerda su encuentro con Isabel un año atrás. Se topó con ella a la salida de la escuela. Con una hoja de palmera iba barriendo el suelo, llevaba los pies agrietados, y descalzos, como es su costumbre. Atada a una cuerda arrastraba una gata blanca que apenas se movía. La joven se acercó y suplicó que no continuara lastimando al animal, pero la mujer pasó de lado sin

advertir sus palabras, entonces Amanda le arrebató la cuerda y la mujer se abalanzó sobre tu garganta, recuperó lo suyo y con aliento a vino rancio le soltó una maldición:

—Niña malcriada, las gatas en celo no atraen al demonio; al contrario, lo ahuyentan con sus maullidos... En tus ojos nunca se ha reflejado la muerte... Pero yo sí la reconozco cuando se cruza en mi camino y una cosa si te digo, el verano en que el mar escupa ballenas perderás la inocencia en la mirada... Y tus ojos serán aún más negros que la misma noche.

Desde aquel encuentro, por sus pesadillas se asoma una sombra que se expande, tanto que ha llegado a sospechar que adquiere formas humanas y su respiración entrecortada la despierta pronunciando su nombre... «Amanda».

Se arrepiente de no habérselo contado a su hermana el mismo día del encuentro; tal vez si lo hubiera hecho, la maldición se habría roto, pero ahora es demasiado tarde y corre hacia Playa Blanca suplicando que el muerto no sea su padre. Dolores ha dicho que el ahogado es un hombre de don Rómulo, uno de los suyos.

Amanda se suelta al llegar a la playa. Necesita apaciguar sus nervios. Se descalza y entierra los pies para encontrar arena fresca. El oleaje embravecido ha entregado un cuerpo a la gente que sigue llegando de todas partes. Cierra los ojos. Amelia está junto a ella, y esto la tranquiliza. No avanzará sola.

—Por favor, dime que no es papá —susurra Amanda.

—No seas tonta... Claro que no es él —le responde insegura.

Emprenden una última carrera hacia el tumulto de gente, que se apiña como buitres alrededor del muerto. Amelia logra abrirse paso entre codazos y empujones mientras que su hermana Amanda se aventura a gatas, sin importar demasiado recibir pisotones. Avanza lento y, cuando ha logrado acercarse al centro, alguien le toma por los hombros y la levanta. La echan hacia atrás junto al resto de espectadores para abrir paso a alguien que se apea de un coche negro estacionado sobre la arena. Amanda lo reconoce enseguida y el dolor en el vientre se agudiza. Es un hombre alto

y recio. Lleva en la mirada y el andar una soberbia que disimulan una leve cojera que lo obliga a portar bastón, siempre a juego con el sombrero. Perfecto el bigote recortado, al ras del labio superior, siempre se tuerce al momento de fumar su pipa. Este día lleva la de marfil guardada en la solapa izquierda de su traje. Avanza hacia su objetivo sin prisas, acostumbrado a ver hombres morir en cumplimiento de sus labores. Solo el murmullo del mar interrumpe el silencio impuesto por la presencia de don Rómulo que llega hasta el cuerpo cubierto por una sábana blanca, se detiene junto al bulto que supone será la cabeza, toma una de las esquinas de la tela y tira de ella. Aparece un viejo emperifollado con algas diminutas. El asombro en los presentes deja escapar algún gemido, incluso un lamento. Don Rómulo contempla el cuerpo unos instantes. Con un gesto ensombrecido alza la mirada hacia el horizonte donde el mar se funde con el cielo. Busca la pipa guardada a la altura del corazón y la aprieta contra el pecho, luego se la lleva a los labios y la enciende. Tras un par de lentas bocanadas se dirige a los presentes.

—¡Este hombre no es de los míos! ¡Aquí no hay nada que ver!

Don Rómulo avienta la sábana sobre el viejo y se dirige hacia el auto. El «Mazo» y el «Pulgas» supervisan que las órdenes de su jefe de despejar la playa se cumplan. Las hermanas se reencuentran con un fuerte abrazo mientras avanzan con el resto de espectadores hacia el pueblo.

—¿Pudiste ver quién era? —pregunta Amanda

—No muy bien. Escuché a un hombre decir que el muerto era don Zacarías.

—¿Don Zacarías? ¿El padre de don Rómulo? No me lo creo... Seguro que era alguien más.

—Parece que estaban enojados, o algo así —responde Amelia.

—¿Pero tanto como para decir que no lo conocía?

Amanda desvía su camino hacia una de las dunas más altas. Amelia la sigue entre reproches. Se tiran sobre la arena detrás de unos matorrales y esperan pacientes a que la playa se despeje casi por completo.

—¡Estás loca! ¡Vas a conseguir meternos en problemas! ¿No escuchaste a don Rómulo cuando dijo que no había nada que ver? —insiste Amelia.

—Nada más quiero estar segura que es don Zacarías. Y si no quieres que nos descubran cállate.

El Mazo y el Pulgas continúan junto al muerto. Parecen tener una acalorada discusión que les impide percatarse de la presencia de dos jóvenes que se acercan a la playa. Sorprendido de la corta distancia a la que han llegado los desconocidos, el Pulgas corre hacia su encuentro. Intercambian un par de palabras y hace una señal a su compañero. El Mazo y el Pulgas se retiran del lugar, permitiendo el paso de los dos jóvenes que se encaminan hacia el cuerpo. Un aire de familia delata el parentesco entre ambos. El más joven arranca una carrera que interrumpe pocos metros antes de llegar junto al muerto. Sin esperar a su compañero, se aproxima para retirar la sábana de golpe. Es verdad, quien reposa sobre el lecho de arena es don Zacarías. Desde la lejanía, es fácil para Amanda reconocer el pelo blanco del hombre, pero tendría que estar tan cerca como el joven para apreciar su rostro bondadoso a pesar de la piel curtida por la sal y las arrugas pronunciadas como surcos que lo deforman. El joven se arrodilla junto al viejo. Lo contempla afligido y le acaricia las mejillas. Le retira algunas algas del pelo y se acerca para susurrarle un secreto, le besa la frente.

Así que eso es la muerte. Un cuerpo abotargado y pálido que no responde al dolor ajeno. Un nombre que al pronunciarse se evapora inoportuno, sin dar explicaciones ni pedir permiso al que abandona. Un enigma que suscita más preguntas. Amanda desearía saber si en los ojos de aquel joven se refleja alguna sombra. Desearía despedir a los muertos con una canción de cuna... «*Duerme, mi niña, duerme...*».

Lo que presencia Amelia es distinto. Los jóvenes han aparecido en medio de aquel lugar y observa a un delgado chico rubio de cabellos rebeldes, notablemente afectado por la situación. Enseguida nota la diferencia con el otro joven que avanza con movimientos

calculados. Seguramente estudiados, y que le dan un aire de frivolidad, pero no en el rostro, perfectamente dibujado contrastado con el pelo azabache relamido hacia atrás. Adivina sus ojos negros, la carnosidad de los labios ¿A qué puede oler un chico tan distinto a los del resto del pueblo? Seguramente no a pescado fresco, ni a sudor terroso. Olerá a forastero, polvo de ciudad, vapor de tren, algo nuevo y desconocido. ¿Y su voz? ¿Será grave y melodiosa? O será suave como...

—¿Estás sorda? ¡Te estoy hablando! —reclama Amanda exasperada.

—No te escuché ¿Qué me dijiste?

—Te pregunté si sabes quienes son. O si crees que son familiares de don Zacarías.

—Que yo sepa, don Zacarías solo tenía a su hijo don Rómulo y su esposa Carm...

—¿Se les perdió algo? Las interrumpe el Mazo detrás de ellas. Amanda toma la mano de su hermana y emprende una carrera hacia su casa.

«¡Buen viaje, don Zacarías!» —piensa Amanda—. «¡Hasta pronto!» —piensa Amelia.

5 de junio de 1927

Querido Verne:

Hace un par de días que intento escribirte, pero no había encontrado el momento adecuado. Supongo que me dirías que un buen escritor no tiene pretextos y siempre encuentra tiempo para escribir, con más razón si es un diario. Y seguro tendrías razón, pero han sido días muy extraños. Hoy esperé hasta que mi hermana estuviera completamente dormida para escribirte, ya sabes que es un poco entrometida y siempre que te lee me chantajea con algo, como la última vez que me obligó a lavar su ropa durante una semana para no decirle a mi mamá que había sido yo la que intercambié su pastel de zanahoria por un libro. Si te digo la verdad, es que apenas hasta hoy pude aguantar despierta después que Amelia y lo conseguí gracias a una pequeña lagartija que no se

dejaba atrapar. Entró por una ranura de la ventana y la observé en silencio recorrer toda mi habitación hasta que se paró en la cabecera de la cama de Amelia. Imaginé el grito que pegaría si se subía a su cabeza así que me acerqué a gatas y la pesqué de la cola, pero de pronto se desprendió de ella y me dejó su trozo entre los dedos. ¡Asco! ¿Puedes creer que se seguía moviendo por un buen rato? Aunque por otra parte debe de ser una suerte poder soltar un miembro de tu cuerpo para salvarte la vida. Seguro que don Zacarías habría dado un brazo o una pierna por salvar la suya, aunque no se regenerara como el de una lagartija. Las estrellas de mar también lo pueden hacer. Yo he visto algunas con un bracito mucho más pequeño que el resto.

Ayer, después de regresar de Playa Blanca donde vimos el cadáver de don Zacarías no pude dejar de pensar en la muerte. Pobre... ¡Debe ser horrible morir abogado! Peor aún, si a tu hijo ni siquiera le importa. Debo reconocer que me impresionó tanto, que me dolió la panza hasta en la noche cuando le ayudábamos a mamá a preparar la comida. La verdad es que yo no ayudé mucho. Solo de ver a las langostas moverse antes de hervirlas y escuchar el sonido que hacían cuando se estaban muriendo en el agua me provocaron más náuseas. Al verme la cara mi hermana me preguntó si me quería sentar y mi mamá preparó un té, luego nos contó por centésima vez, cómo conoció a mi papá.

Mi mamá tendría dieciséis años cuando mi papá entró por primera vez a la fonda de la familia de mi mamá. Venía con un grupo de pescadores y se sentaron en la mesa más cercana a la cocina. Él la observaba todo el tiempo, y no disimulaba ni un poquito. Ella se ponía colorada cada vez que lo descubría espíandola. Mi papá pidió un caldo de siete mares, que hasta hoy sigue siendo su favorito, y cuando mi mamá le acercó el plato, él le rozó la mano intencionalmente y ella, de los nervios, le tiró encima el caldo hirviendo. Se quedó petrificada sin saber cómo reaccionar hasta que su abuela salió corriendo de la cocina con un trapo para secarlo. Desde ese día, mi papá regresó a la fonda a comer siempre que regresaba de sus viajes. Mi mamá venció la timidez gracias a los consejos de su abuela, y que ahora no pierde ocasión de repetirnos una y mil veces. —«A los hombres hay que enamorarlos por la panza, porque el verdadero amor llega de poco a poco, bocado a bocado»—. Y eso fue lo que pasó, que entre tantos caldos, ceviches y tacos de mariscos, mi papá se enamoró

hasta el tuétano y, una noche —mi mamá insiste en decirlo así—, «entre los tentáculos de un pulpo servido en su tinta», le propuso matrimonio.

Creo que mi hermana no tardará en enamorarse a quien ella quiera. No puedo negar que a veces me da un poco de envidia... Es tan bonita que todo el mundo la voltea a ver. Además, le gusta cocinar tanto como a mi mamá y hasta le quedan igual de sabrosos los caldos.

A mí no me gusta nada cocinar. Disfruto cuando estamos las tres en la cocina, y hay momentos en que mi mamá está casi feliz cuando nos narra sus historias de juventud en la fonda. Me molesta que insista en ponerse un trozo de cebolla en la cabeza cuando está partiendo el resto. A ella nunca le funciona, y siempre se le escapan las lágrimas.

Ayer la hice reír cuando dije que de grande pasaría todos los días a su casa por un poco de comida y le diría a mi esposo que yo lo cociné. Luego comenzó a decirme que debería usar vestidos más femeninos, pues dentro de unos días cumpliré quince años. Dice que debo dejar de ser tan infantil, que los libros que leo son puros cuentos que se inventan personas que no tienen nada que hacer y que debería ir menos a la playa. ¿Puedes creer que yo deje de ir a bañarme al mar? ¿O que deje de leer? Si lo hiciera, ¿cómo llegaría hasta la luna para ver sus colinas y sus mares evaporados? ¿O cómo viajaría al centro de la tierra para ver los monstruos que ahí se esconden? ¡Y qué decir de llegar hasta los confines del mar para ver una ballena blanca, si mi papá insiste en que las mujeres en cubierta son un mal augurio y yo nunca podré viajar en uno!

En la noche, después de recibir a mi papá, felices de saber que estaba bien y de darnos unos abrazos que casi nos asfixian —los que no nos dio en las tres semanas que se fue—, nos sentamos a cenar y nos explicó que su retraso se debió a una tormenta que los atrapó en altamar un par de días y que por poco no lograban salir de ella. Durante la cena recordó lo de la muerte de don Zacarías, y nos dijo que el Pulgas, cuando fue a buscarlo para cobrarle la cuota de desembarco, le insinuó que sus hijas eran muy desobedientes. Mi papá nos regañó a Amelia y a mí por no haber obedecido las ordenes de don Rómulo. Ni siquiera me dejó explicarle que estábamos preocupadas porque pensamos que podía haber sido él y que quería asegurarme que el muerto era el viejito. Pero ya sabes que cuando mi papá dice algo, se tiene que cumplir su palabra. ¿Por qué? Pues porque él es el hombre de la casa y ya sabemos que no tenemos que provocar a don Rómulo ni a sus perros pulgosos y brutos, ni tenemos que exponernos a

que nos puedan hacer daño porque le debemos hasta el aire que respiramos y «bla, bla, bla...». Lo peor es que sé que mi papá tiene razón, pero cuando se enoja me pregunto si es el mismo joven del que se enamoró mi mamá o si se lo cambiaron en algún viaje. Después del regaño nos mandó a dormir y nos advirtió que mañana tendremos que ir al entierro. Espero también poder ir a la playa. Hasta mañana.

6 de junio 1927

Querido Verne:

Hoy te escribo escondida en el ático. No podía esperar a que mi hermana se fuera a dormir... Está con mi mamá preparando un pastel y yo inventé que me dolía la cabeza para poder subir. ¿Recuerdas que te dije que mi papá nos obligaría a ir al entierro? Pues cumplió su palabra. Nos llevó casi a la fuerza... Bueno, a mi hermana Amelia no tanto, porque ella se levantó temprano y se arregló como si fuera ir a una fiesta. Se recogió el cabello con uno de sus nuevos peinados y se pintó los labios rojos. Al momento de irnos, en cuanto mi papá la vio en la puerta, le ordenó desmaquillarse y que se cambiara el vestido por otro que no enseñara las rodillas. Yo fui renegando. ¿Para qué ir si ni siquiera don Rómulo, que es su hijo, estuvo presente?

Había mucha gente, pero te podría jurar que no éramos las únicas que estábamos ahí por obligación. Como estaba enojada con mi papá, me senté en una banca de mármol lo más lejos de mi familia, pero no tanto, para que luego no me reclamaran. Me llamó la atención ver a doña Carmelita, parada ahí solita. Creo que era la única persona que lloraba sinceramente. Ella es lo único bueno que tiene don Rómulo. Siempre que me la encuentro me saluda muy amable y pregunta por mis padres. Una vez hasta me regaló una caja de chocolates por ningún motivo. Mi mamá dice que es como si siempre fuera pidiendo perdón por las cosas que hace su esposo. Me dio pena verla tan triste. La pérdida más cercana fue la de mi abuela materna, pero era tan pequeña que casi no lo recuerdo. Mi mamá sí que sufrió... Peor aún... Cuando un par de años después le quitaron la fonda que había heredado de su abuela y de su madre, lo pasó tan mal que llegué a creer que se moriría de tristeza.

El discurso del padre Ausencio podría hacer llorar a cualquiera, pero por lo aburrido de su sermón. así que no presté mucha atención a lo que decía.

Había un árbol justo a mi lado, crecía por encima de dos tumbas. Un enorme manzano que no entiendo qué hacía ahí. Sus frutos eran grandes y de un rojo tan intenso que, sin que nadie me viera, arranqué una manzana y le di un mordisco. Era tan dulce y jugosa que continúe saboreándola un buen rato hasta que una voz detrás de mí me hizo pegar un salto del tremendo susto que me dio. La manzana rodó al suelo.

—Lo siento, no fue mi intención asustarte —me dijo una voz desconocida muy quedito junto al oído. Ladeé mi cabeza, pero había un rostro demasiado cerca del mío y regresé la mirada al frente. Apenas si alcancé a distinguir unos ojos verdes muy claros. No sé por qué me puse tan nerviosa, y comenzaron a sudarme las manos. Creo que ningún chico se me había acercado tanto.

—¿Te puedo pedir un favor? —habló otra vez al oído—. Te sonará un poco extraño, pero antes de que comiencen a echar la tierra sobre el ataúd... ¿Puedes aventar esta flor y esta carta?

—¿Por qué no lo haces tú? —respondí sin dejar de mirar hacia el frente.

—Porque las magnolias eran sus flores favoritas y, si te fijas, solo le han traído rosas.

Tenía razón. Observé los alrededores y solo había una corona de rosas blancas, nada de Magnolias.

—Eso no responde mi pregunta —insistí.

El chico se puso de cuclillas a mi lado y entonces lo reconocí, era uno de los dos jóvenes desconocidos que vimos en la playa: el que se acercó a don Zacarías y besó su frente.

—Se supone que no debo estar aquí, pero tenía que venir a despedirme. Tengo que irme antes de que todo esto acabe.

Ya lo sé, Verne, lo confieso: al verle el rostro, me puse más nerviosa. Tenía los ojos cristalinos parecía que iba a llorar o que ya lo había hecho. Le pedí que me entregara las cosas y le aseguré que haría lo que me pedía. Me levanté del banco y él también se puso de pie. Se acercó tanto a mi oído, que me dieron escalofríos cuando lo rozó al decirme: «gracias, peque».

Luego se marchó y no lo volví a ver. Ayer por la noche ni siquiera me acordaba de él y de su amigo, pero ahora, después de lo del entierro, sí que siento curiosidad de saber quiénes son.

Capítulo 2

Oscuridad. Al principio será todo oscuridad hasta que un haz de luz se escurra hacia el centro del escenario donde un par de manos esperan. Se ondularán como olas en el mar. Recitarán un poema o una declaración de amor, da igual, la entrega de los sentidos será absoluta y por un instante Tomás deseará que a aquellas manos no les nazca un cuerpo ni un rostro y, cuando una espalda semidesnuda se dibuje a contraluz, sabrá que sería incapaz de imaginarla de otra manera. La bailarina balanceará su cuerpo lento y calmo al ritmo de una melodía y, cuando el coro de violines cante, se pondrá en punta pie y girará hacia un público expectante. Lo sublime de un nacimiento radica en ese diminuto latido que cobra ritmo —«pum, pum»—, ensancha el pecho y se agita inquieto.

Tomás saldrá del recinto molesto con Ana y Rodrigo por obligarlo a marcharse antes de tiempo. Rodrigo no querrá llegar tarde a la fiesta y Ana habrá aceptado la invitación a pesar de las primeras negativas de Tomás. Ella habrá insistido en pasar un sábado fuera de casa, lejos del sofá que se los traga cada noche frente al televisor. Tomás se sentará en el asiento trasero del coche de su amigo y abandonará el teatro, pero no a la bailarina. No dejará de pensar en ella ni en sus manos, al contrario, las seguirá como a una estela de luz a través de la ventana. Ensimismado en aquel espacio, observará a Ana conversando con Rodrigo. Se detendrá en la sonrisa de su novia, tendrá tanto tiempo sin verla sonreír que no recordará cuando fue la última vez que él produjera una sonrisa en ella, pero intuirá que fue en la misma época en que el vino, los cigarros y

su obsesión por terminar una maqueta lo apartarían de la luz del día, de su mujer y del dolor. Pasaría horas levantando estructuras a escala sobre una larga mesa. Empecinado en los detalles más pequeños, la destruiría las veces necesarias para reconstruirla a la perfección. Quería terminar de una vez por todas con ese proyecto heredado que de manera inconsciente se convertiría en su refugio. Un espacio donde los muros se levantarían inconmensurables y en el que Ana apenas podría entrar. Ella sería la encargada de su supervivencia, proveerle alimento, intercambiar palabras al acostarse uno y levantarse el otro, justificar sus ausencias en el trabajo o en las reuniones familiares, limpiar las colillas de tabaco y tirar botellas vacías. También sería Ana la que una tarde lo encontraría pálido, ardiendo en fiebre y con accesos de tos. Lo llevaría al hospital con una neumonía agravada. Y en la frialdad de aquella habitación, Ana se colaría de nuevo en sus días para convencerlo de pedir ayuda o, al menos, de abandonar el cigarro y el proyecto por un tiempo, lo suficiente para recuperarse. Tomás aceptaría la petición de Ana y regresaría al despacho a trabajar con su padre, dejaría algunos vicios e intentaría recuperar su vida. Pero por las noches regresaría al papel y viejos pinceles para pintar largas sombras. Una mañana, Ana encontraría esos dibujos celosamente guardados en una cajonera y, en un arrebato de impotencia y miedo, llamaría a Rodrigo para pedirle ayuda.

—Deberían ir a la fiesta sin mí —dirá Tomás después de permanecer un largo tramo en silencio. Encontrará una cajetilla de cigarrillos bajo su asiento, sacará uno y lo guardará en el bolsillo de su pantalón—. No me siento muy bien, y tampoco estoy con ánimos de fiesta. Si prefieres, Rodrigo, para que no te desvíes, déjanos en la esquina y pedimos un taxi.

El semblante de Ana cambiará enseguida y con voz firme dirá:

—No pienso ir a la casa, Tomás, ni siquiera son las diez de la noche. Me prometiste que hoy vendrías conmigo al teatro y a la fiesta. Si no quieres ir, no te voy a obligar, pero yo pienso quedarme con Rodrigo.

—Compadre, no voy a dejar que te encierres en tu casa —inter-
vendrá Rodrigo al volante—. Vamos a la fiesta, nos tomamos unos
tragos y, si no te animas, te regresas a tu casa. Además, ¿te acuerdas
que te hablé de la amiga francesa de mi prima Miranda? La que me
quiere presentar, pues es una de las bailarinas que acabamos de ver
y estoy casi seguro por la descripción que es la del último baile,
la del vestido blanco. Pero, si por algo no es ella, sino la pelirroja,
necesitaré una coartada para escapar de la fiesta.

Tomás sabrá que la ciudad de México es un monstruo, un la-
berinto sin fin de posibilidades y que, de existir la casualidad, el
destino o la mínima probabilidad de reencontrarse con aquella bai-
larina, sería en esa fiesta.

—Está bien. Vamos —dirá, con aparente resignación.

Llegarán al edificio cargados de bebidas, y en el ascensor Tomás
intentará abrazar a Ana, pero ella, tensando la quijada, sacudirá
sus hombros para zafarse, y lo primero que haga al entrar en el
departamento de Miranda será escabullirse entre los invitados y
perderse junto a un grupo de amigas. Tomás no sabrá de ella en un
buen rato y, a pesar de su poca voluntad por pasarlo bien, Rodrigo
logrará, con la ayuda de un par de tequilas, que se anime e incluso
que suelte sinceras carcajadas al escuchar las historias que reinven-
ta como si fuera la primera vez que las escuchara. Cuando la cosa
se ponga un poco más seria, Rodrigo preguntará por Ana.

—No lo sé, supongo que ahí vamos. Ana sigue planeando la
boda y yo intento mostrar algo de entusiasmo.

—Lo que tú necesitas es distraerte. No puedes seguir metido
en tu cueva. ¿Sabes qué te caería bien? Cuando vayas a Tijuana,
tienes que irte a la Revolución, una calle en el centro de la ciudad.
Ahí entras a un antro y agarras una buena «peda». La empiezas con
unos clamatos a mi salud, y luego terminas yéndote de putas. Es
más, si puedo hasta te alcanzo y nos vamos a Las Vegas a festejar
tu despedida.

Tal vez por los efectos del tequila o el entusiasmo contagiado
por su amigo, su mente esté un poco desentumida, hasta cierto

punto alegre, y quiera continuar la noche en ese estado en el que también podría permanecer el resto de su vida, pero un tequila más le hará atravesar el límite en el que las palabras comienzan a enredarse con los pensamientos. Aprovechará la interrupción que haga Miranda al llevarse a Rodrigo a presentarle a unos amigos para dirigirse a la cocina, cogerá dos cervezas y en el camino de regreso al salón se detendrá frente a un enorme ventanal. La ciudad y sus luces estarán bajo sus pies, sentirá la atracción del vacío, la soledad de estar entre tanta gente, el frío a pesar del calor en el ambiente y el miedo tan aferrado a sus huesos que casi lo obligan a retar la gravedad. Un par de blancas manos tocarán el cristal a su lado y las reconocerá enseguida.

—Esta ciudad no deja nunca de asombrarme. Es maravillosa.
—dirá la joven

A continuación, Tomás se quedará sin habla y le ofrecerá una de sus cervezas. Al entregársela, rozará su mano y escuchará su propio flujo sanguíneo como un murmullo que le impida percibir cualquier otro sonido. Buscará su mirada y, como una impronta, quedará suspendido en ella, en esos ojos líquidos y abismales. Perplejo por la proximidad de su rostro, sentirá su aliento y recorrerá las comisuras de sus labios pulposos. Los verá pronunciar algo que se esfumará en el en el aire. Incapaz de responder, la observará sonreír, ladear su cabeza, girarse y desaparecer por el pasillo. Su larga melena desprenderá un perfume que Tomás seguirá como a una estela hasta la sala. Parecerá un juego de miradas. Ella, bailando en la amplitud de un espacio reservado en el tiempo, solo para su presencia en medio de todos los invitados; él paralizado junto al marco de una puerta, cerveza en mano, y de tanto en tanto un trago. Contemplarla le dará sed. Deseará unirse a ese baile, pero continuará atascado en esa parálisis. También estará atascado en su vientre, en la desnudez de sus hombros, en el balanceo de sus caderas, en la rigidez de sus senos, en la pulpa de sus labios, en su piel. Ella se sabrá deseada, la delatará su sonrisa en la mirada y en ese instante se abrirá para Tomás una grieta donde ella permane-

cerá suspendida en el espacio, donde el deseo es capaz de disolver toda materia que se interponga entre dos cuerpos. Tomás recordará las palabras escritas de su abuelo: «son pocos y afortunados los seres que vislumbran esas rara esencias que evocan la belleza y remembranza de un mundo al que nos aferramos a volver. Es difícil reconocerlas entre nuestra propia opacidad, pero cuando atisbas su brillo, es inconfundible y un error dejarlas escapar»—. La joven seguirá bailando. Cerrará los ojos para sentir la música e impedir que nada la aparte. Cuando los abra por última vez, lo hará directo hacia los ojos de Tomás. La violencia del encuentro lo obligará a desviar la mirada hacia otro lado, inseguro por su reacción regresará la mirada, pero la joven habrá desaparecido. Recorrerá el sitio en vano, no habrá ningún rastro, ninguna estela que seguir. Al comprobar su reloj, confirmará que ha pasado más de una hora paralizado junto aquella puerta. Se desplazará a la terraza como el último sitio para buscarla. Un grupo de jóvenes notarán su presencia, pero Tomás los ignorará. Jugará con el cigarro guardado en su pantalón y, decidido a prenderlo, pedirá prestado un encendedor. Se detendrá de nuevo frente a la enormidad de la ciudad iluminada y contemplará la llama diminuta. Alguien lo abrazará por la espalda.

—¿Qué haces aquí? —preguntará Ana conciliadora.

Tomás esconderá el cigarro y, al girarse para corresponderla, sentirá entre sus brazos los años de historia compartida, pero será incapaz de recordar la primera o última vez que se reflejara en sus ojos. Ana buscará los labios, Tomás besará su frente.

—Creo que es hora de irnos —dirá Ana—, hace rato que Rodrigo se fue. Me dejó las llaves de su coche.

—¿Y con quién se fue?

—Con la amiga de su prima Miranda. La bailarina que le quería presentar. ¿A poco no los viste? Si se pasaron toda la noche bailando juntos.

Una semana después, sentado en la terraza de un bar en Coyoacán Tomás seguirá intentando recordar a su amigo junto a la

bailarina, pero no conseguirá ubicarlo a él ni a nadie más en esa imagen que se le presenta imprecisa, hasta cierto grado nebulosa. Solo la encontrará a ella, y cuando lo haga no podrá evitar sonreír.

—Acuérdate, cuando estés en Tijuana, de tomarte uno de esos clamatos a mi salud —insistirá Rodrigo, sentado frente a él en aquella terraza.

Tomás habrá logrado evadir el tema de la bailarina con su amigo. Rendido a la idea de no volver a verla, preferiría ignorar si su amigo habrá continuado saliendo con ella. Ana, un poco más alegre por el ligero cambio de humor de su novio en los últimos días, sostendrá una divertida conversación con Rodrigo. Tomás parecerá ausente y lo estará. Frente a ellos, cerca de la plaza central habrá un mimo con el rostro maquillado en negro y una lágrima blanca bajo el ojo. Estará encerrado entre cuatro paredes que se encogen cada vez más. Con la mano izquierda, intentará detener las paredes, con la otra apartará el techo que comienza a aplastarlo. Observará al mimo pedir ayuda, pero nadie en el público se acercará a dársela hasta que una joven que atraviese la plaza sucumba a las súplicas. Parecería que el mimo se va a ahogar en cualquier momento y la chica tanteará las paredes de la caja hasta encontrar el pomo de la puerta. Tirará de ella, pero no logrará abrirla. Meterá las manos dentro de su gabardina y sacará una llave con la que logrará liberarlo. Contorsionando su cuerpo, el mimo escapará de su encierro y agradecido hará una reverencia a su salvadora. Los espectadores aplaudirán entusiasmados.

Tomás la reconocerá al instante.

—Esa es la mujer de la que podría enamorarme —soltará Rodrigo al verla dirigirse a ellos.

—Tú no te enamorarás de ninguna —responderá Ana con secretismo al ver a la joven llegar. Rodrigo besará los labios de la chica; instintivamente, Tomás desviará la mirada.

—Malene, te presento a Tomás y Ana.

Tomás se pondrá en pie para darle la mano y ofrecerle su sitio. Ella sonreirá con naturalidad.

Malene. Ese es su nombre. Y Tomás lo recitará incesante como una invocación. Se entablará una conversación en la que él no participe. Estará al acecho de una señal. Un guiño en la mirada, en su sonrisa o una variante en la constante de su voz, algo imperceptible que solo él pueda detectar. Pero le quedará claro que para Malene ninguna grieta en el tiempo se habría abierto en la fiesta y quizás ni siquiera se acordara de él.

—Tomás no cree en el amor a primera vista, pero yo sí, lo supe desde el día en que nos conocimos. Fue en una cena en casa del cónsul de Francia, hace poco más de tres años. Estamos juntos desde entonces y nos casaremos este verano.

—No me malinterpretes —responderá Malene sonriendo—yo también creo en el amor. No en el de primera vista ni en el de «vivieron felices por siempre», pero estoy segura que el amor es la fuente de energía que lo mueve todo. Es lo que me mueve a mí cuando estoy en el escenario.

—¿Y el matrimonio? ¿Crees en él? Dicen que los franceses son muy liberales...

—No creo en el matrimonio, ni en la fidelidad o ningún tipo de compromiso que coarte la libertad. El amor, cuando nace tiene vida propia y hay que dejarlo evolucionar, reproducirse e incluso, si es necesario, dejarlo morir.

—Yo como tú, Malene —interrumpirá Rodrigo entusiasmado—, tampoco creo en el matrimonio y pienso que hay que seguir conociendo gente a pesar de tener una pareja estable. Lo más difícil es encontrar a alguien que piense como yo y que no sea un hombre.

—Tu eres un mujeriego, Rodrigo, eso no es amor —Ana se dirigirá de nuevo a Malene—. Tengo que preguntarte, es que me tiene sorprendida tu español... ¿Dónde lo aprendiste?

—Nací aquí y viví en esta ciudad hasta que cumplí los trece años. Luego me mandaron a Francia a estudiar ballet. No era lo que más deseaba, pero era una buena oportunidad. Y no había regresado desde entonces.

—¿A qué ciudades vas de gira con la compañía? —preguntará Rodrigo.

—Empezamos la semana pasada aquí en el DF, mañana nos vamos a Querétaro, después Guadalajara, Tijuana y finalizamos en Monterrey.

—¿Cuándo estarás en Tijuana? —hablará por primera vez Tomás.

—La semana que viene.

—Igual que tú, Tomás. Debería alcanzarlos y llevarlos en persona a probar esos clamatos que tanto me gustan.

—Pues si coincidimos en Tijuana —se dirigirá Malene a Tomás—, deberías pasar al teatro de la ciudad y ver nuestro ballet. Nos presentaremos el viernes y el sábado.

—Tomás detesta la danza —intervendrá Ana—; además, no sé si te dijo Rodrigo, pero nosotros lo acompañamos la semana pasada a verte. A mi encanta el ballet y fascinada te vería de nuevo, pero Tomás es más de fútbol.

—No es que deteste la danza, lo que pasa es me cuesta entenderla. Siempre pienso que quiere transmitir un mensaje y nunca logro descifrarlo.

—En la danza no hay nada que descifrar —le sonríe Malene—. Cada quién vive una experiencia única. Para el bailarín, cuando se presenta en el escenario, se crea un espacio íntimo en el que desnuda su alma. Depende de la sensibilidad del espectador y de lo receptivo que esté para sentir el dolor, la alegría, la tristeza o cualquier sentimiento que el bailarín desea transmitir. La danza es como el amor, inexplicable. Solo hay que sentirlo.

Sentir, eso es lo que Tomás intentará bloquear desde hace tiempo. El resto de la tarde pasarán entre los puestos de las plazas de Coyoacán. Los vendedores sucumbirán ante las sonrisas de las chicas, que regatean aretes y collares. Quien las viera juntas pensaría que son amigas de antaño. Tomás procurará caminar más lento para observarlas. Habrá en Ana un halo que la envuelva, el reflejo de algo más. Más tarde, cuando Tomás conduzca hacia el hotel donde se hospeda Malene, la espíará a través de los espejos. Pare-

cerá otra chica, abstraída en el paisaje de la ciudad. Permanecerá en silencio todo el trayecto, y Tomás reconocerá el dejo de melancolía que se escape en su mirada. Llegarán al hotel y, al bajar del coche Rodrigo y Malene, ella se despedirá con un fuerte abrazo de Ana y un beso en la mejilla de Tomás. Será la despedida. En el último semáforo, Tomás la buscará a través del espejo retrovisor y, suspendidos en el reflejo, estarán esos ojos abismales al encuentro de los suyos. Por un instante casi imperceptible, se abrirá de nuevo una grieta, pero Ana la cerrará al avisar que se ha puesto la luz en verde.

La mañana en que se levante para ir al aeropuerto, unos días después de su encuentro en Coyoacán, saldrá de su casa sin despertar a Ana. Besaré su frente y encenderá la cafetera para ella. Nunca le han gustado las despedidas. De camino detendrá al taxista para comprarse una cajetilla de cigarros. Tendrá seis meses sin haber vuelto a fumar, pero los nervios de viajar en avión lo pondrán a prueba. Jugará con un cigarrillo y dejará que su viejo encendedor decida al azar como ruleta rusa su destino, al tercer intento aventará el cigarro por la ventana. Tragaré saliva e ingerirá una pastilla que tendrá efecto poco tiempo antes del abordaje del avión. Cuando se acomode en su sitio, los músculos de su cuerpo se relajarán y el dolor de cabeza menguará. Cerrará los ojos y se dejará caer hasta una butaca del teatro donde un par de manos vuelan. Tres horas más tarde, por el altavoz se anunciará el aterrizaje. Por la ventana, se asomará un extenso paisaje dividido por una muralla de acero que lo atraviesa desde un extremo al otro. Por un lado, habrá una ciudad que mantiene el orden en bloques de construcciones idénticas, copias de copias alineadas en perfecta simetría, unidas unas a las otras por venas y arterias de concreto que atraviesan enormes extensiones de tierra. De este lado en el que aterrizarán, predominará el caos. Una ciudad apretujada y dispereja que se arremolina sobre sí misma con movimientos incoherentes y vida propia. Y, mientras Tomás contemple estas ciudades contrastantes, habrá una imagen que continuará rondando en su cabeza: Malene, abrazada de su amigo, desapareciendo a la entrada de un hotel.

«Bienvenidos a Tijuana».



Capítulo 3

Hacía más frío de lo normal para ser una noche de junio y, a pesar de ello, Lucía estaba bañada en sudor. Apretaba las piernas con fuerza para impedir el nacimiento de su bebé. La partera había aconsejado retrasarlo hasta encajar la cabeza de la criatura hacia la pelvis. El riesgo de un nacimiento de pies lo complicaba todo, así que la partera, junto a su joven aprendiz, masajearon con fuerza el vientre de Lucía, girando a contrarreloj la cabeza.

En la habitación contigua, José tallaba una ballena de madera. Escuchaba el repiquetear sobre la ventana de una rama del viejo eucalipto movida por el viento y esto atenúa sus nervios. Preferiría estar lejos, sujetando el timón de su barco y sorteando su suerte contra vientos y mareas en una tormenta. Ahí sabe contener la calma y salir airoso de cualquier contratiempo. Pero lejos de su navío, en estas situaciones, se siente a la deriva. En el primer parto Lucía casi pierde la vida desangrada. Afortunadamente la hemorragia se contuvo a tiempo y tras largos días de reposo y cuidados logró recuperarse. Desde ese día, José prometió no volver a exponer a su mujer a otro parto, pero pasado el año Lucía lo sedujo con la ilusión de darle un varón. José se hizo a la idea de continuar la estirpe de pescadores con la llegada de su hijo. Se llamaría como él, José, como indicaba la tradición familiar. Sería su compañero de travesía y había mucho mundo por mostrarle.

Adivinó el momento del alumbramiento por los gritos de su mujer y los de la partera. De pronto se hizo un silencio absoluto que se prolongó demasiado para los nervios de José. Pegó oído a

la puerta para escuchar el llanto del bebé, pero nada interrumpía la quietud hasta que, desesperado, golpeó la puerta. La partera la abrió, sujetando un bulto entre sus brazos. Al ver su rostro pálido, José se asomó a la habitación y alcanzó a ver a su mujer desmayada. Había mucha sangre en la sábana y el suelo.

—Ella está bien. La que no responde es la bebé.

José no había reparado en la criatura. Azulada y pequeñita, la tomó en sus brazos. Parecía dormir. La partera dijo que ya no quedaba nada más por hacer y José sintió que el mareo llegaba salvaje. Ni siquiera había pensado en un nombre de niña e imaginó una lápida en blanco. Lo siento mucho, pero será mejor que Lucía no la vea así en cuanto despierte. Todo daba vueltas en la cabeza de José... Inseguro de lo que hacía, salió corriendo de su casa. Había luna llena y el mar reventaba con furia sus olas contra las rocas. Nada lo detuvo y se arrojó al agua sin pensarlo. Se sumergió con la bebé en brazos y, cuando la sacó del agua inerte, sus manos estaban aún más temblorosas. Se sumergió de nuevo rezando a su propio Dios y bajo el agua recordó el terror que sintió la primera vez que su propio padre lo arrojó al mar. Era apenas un niño y en su desesperación creyó que se ahogaría, hasta que, vencido por el cansancio, relajó su cuerpo entero y así logró flotar sobre su espalda, entonces su padre lo subió a la embarcación y le explicó que no todos los hombres venían de la tierra ni tampoco existía un solo Dios. «En el mar las leyes de la naturaleza obedecen otras reglas, y quienes se rigen por ellas no pueden negarse a sus propios instintos» —le había dicho su padre. Al tercer intento, José abrazó a su hija con más fuerza, pero bajo el agua la soltó y cerró sus ojos por unos instantes, entonces la pequeña reaccionó abriendo los suyos. José la sacó de inmediato, y sus llantos se mezclaron con la sal. La contuvo sobre su pecho, sintiendo su calor; se llamaría Amanda: la que debe ser amada.

Aún es de madrugada, Amanda se despierta exaltada, tiene una sensación de ahogamiento. La resequedad en la boca y la garganta le producen malestar. Comprueba que el suelo de su habitación no está inundado y baja por un vaso de agua, pero se detiene en el re-

llano de las escaleras. Hay voces en la cocina. Parece una discusión entre sus padres, pero una tercera voz áspera y desconocida interviene apaciguando tensiones. De pronto, comienzan a susurrar como si sospecharan que alguien los escucha. Amanda entiende de su madre algunas palabras, parece que agradece al desconocido haber traído a su marido. La voz ronca se despide y la puerta trasera se cierra. Amanda alcanza a ver a su papá sentado en un banco de la cocina. Lleva las ropas sucias y ensangrentadas. Cabizbajo y sin pronunciar palabra, deja que su mujer limpie su rostro con una toalla húmeda. Amanda regresa a su habitación en silencio, se acuesta, pero no puede recuperar el sueño. Espera los primeros rayos del sol para salir al jardín y regar los rosales. No es la primera vez que su padre llega de madrugada, pero hace mucho tiempo que esto no pasaba.

—¿Adónde vas? —sorprende a su hermana saliendo de casa. Amelia lleva un gran bolso, que esconde tras su espalda al sentirse descubierta por Amanda junto al enorme eucalipto.

—A la playa, con mis amigas.

—¿Van a Tres Hermanas?

—Sí.

—¿Puedo ir con ustedes? —suplica Amanda—. Prometo no molestarlas.

—Lo mismo dijiste la última vez y terminé peleándome con Dalila por tu culpa.

—Esta vez será diferente, me meteré al agua y no sabrán nada de mí. Además, ella tuvo la culpa por hablar mal de Piero.

—Tienes que aceptarlo, Amanda, Piero a veces sí parece un poco fuera de lo normal con todo eso de sus experimentos.

—Sí, pero Piero es una persona educada, un científico, y sabe muchas cosas, lo que pasa es que a veces es difícil entenderlas, pero eso no significa que esté loco.

—Está bien, ¿si te digo que puedes venir te callarás de una vez? Y te advierto que, si molestas a alguna de mis amigas, juro que te arranco la cabeza. Avisa a mamá que me acompañas.

Amanda sube los escalones de dos en dos, se pone el bañador y se detiene detrás de la puerta de la habitación y les avisa que se marcha con Amelia. Lucía responde que no lleguen tarde. La joven contiene las ganas de preguntar si su papá se encuentra bien, pero si tarda demasiado su hermana la dejará, y sale corriendo.

—Mi papá llegó otra vez en la madrugada —murmura Amanda, camino hacia la plaza del pueblo.

—¿Cómo sabes?

—Los escuché en la mañana.

—¿Se estaban peleando?

—No. Estaban hablando muy bajo, y había alguien más, y cuando se fue mi mamá no le dijo nada a mi papá.

—Entonces no tienes nada de qué preocuparte. Seguro estuvo en el bar con sus amigos.

—Sí, pero traía sangre en la ropa.

—Escucha, si mi mamá no le reclamó nada, ella tendrá sus razones, así que ya no te preocupes. Seguro no fue nada serio, y más te vale que cambies de plástica porque ahí vienen Dalila y Viridiana.

—No sabía que vendrías de niñera —se dirige Dalila a Amelia. Viridiana, en cambio, se encuentra con Amanda y le da un efusivo abrazo.

—¡Qué bueno que vienes con nosotras, porque hace mucho que no te veía! ¿Qué has estado haciendo en tus vacaciones?

—Lo de siempre, ir a la biblioteca y a la playa.

—Yo solo leo la Biblia, y eso por obligación. Por cierto, ¿no has visto a Carlos?

—No. ¿Por?

—Pues por ahí me enteré que quiere pedir permiso a tus papás para salir contigo.

—¿Carlos? Seguro te estás equivocando o es una broma. Carlos y yo somos amigos de toda la vida. Eso es imposible.

—¿Se enteraron de lo que le pasó al hermano del alcalde Jacinto? —las interrumpe Dalila, sin esperar respuesta—. Pues dicen que se fue a San Diego el martes, un día antes de que apareciera

ahogado don Zacarías. Esperaban que regresara la semana que viene, pero ayer se encontraron su carro volteado en un barranco de camino a San Diego.

—Ese camino es muy peligroso —dice Viridiana—. ¡Que tragedia!

—Lo raro, dice mi tía, es que no encontraron ninguno de los dos cuerpos. Ni el de Francisco ni el de su mujer. Al parecer hoy se va a formar un grupo de búsqueda en la zona del accidente. Con un poco de suerte, los encuentran en los alrededores...

—¡Ojalá hayan sobrevivido al accidente! —dice Amelia.

Amanda piensa en don Zacarías y la piel se le eriza. Continúa andando sin hablar, prefiere escuchar las especulaciones de las amigas. Llegan hasta un acantilado junto al mar. La playa de Tres Hermanas se encuentra al fondo de la cala, y para acceder a ella tienen que bajar una detrás de la otra por un estrecho sendero formado de manera natural entre las rocas negras. A pesar de la lejanía y la dificultad para acceder a esta playa, el esfuerzo se ve recompensado con la privacidad que les otorga el lugar. La arena es de un gris intenso y grano muy suave a pesar de no ser muy fino. Las amigas extienden sus telas y se tumban al sol. Dalila saca de su bolsa una botella plateada y da el primer trago, luego se lo ofrece a Amelia y, mientras le da un sorbo, lanza una mirada a su hermana para que no diga nada. Viridiana da un trago y lo escupe, todas sueltan risas.

—¿Estás segura que va a venir? —pregunta Viridiana a Dalila.

—Sí. Ayer hablé con Alonso y me aseguró que vendrá aquí con sus amigos.

—¿Son los de la ciudad? —pregunta Amelia, acomodándose el traje de baño.

—Sí, están de vacaciones y se están quedando en casa de Alonso. Yo no los conozco, pero me pido al más guapo —suelta la carcajada Viridiana y da un trago al licor, que le quema la garganta. Enseguida se pinta los labios de un intenso carmín. Amanda se desviste, mientras Amelia y sus amigas se arreglan los cabellos y se pellizcan los pómulos para producirse un poco de rubor. Amanda

se acerca al agua y contempla las formaciones rocosas que sobresalen del agua como una prolongación de la orilla izquierda de la cala. Con la punta de los pies, toca el agua. Está helada y duda un instante. Se gira hacia su hermana.

—¿Segura que no quieres meterte al agua conmigo?

Amelia niega con la cabeza. Amanda se gira de nuevo hacia el mar y respira hondo.

Amanda es del agua, está en su naturaleza y lo intuye desde hace mucho tiempo. Solo le bastan unos segundos para reconocerlo, cuando por sus pies remonta el frío que recorre toda su piel. Un escalofrío placentero que llega en el primer paso que da en aquella vastedad. Nunca se lo ha recriminado porque sabe que en el instante en que penetre debajo de su superficie despojará sus pieles de humana. Ahí no las necesita. No hay frío, ni calor y el tiempo se ondea como su cuerpo. Ingrávido. Ligero. Libre. Como una Nereida en su jardín de corales, pasa el tiempo deleitándose con la belleza de criaturas extrañas; la sencillez de una anémona al soltar sus esporas; la rigidez de un erizo púrpura que se acerca sigiloso a una estrella de mar; un pulpo que se esconde entre las rocas y al que provoca para que suelte su tinta. Se entretiene con los bigotes de un pez gato y lo sigue en las profundidades. Ha aprendido a aguantar la respiración más de lo normal, y cuando sube a la superficie se detiene bajo la capa fina que divide los dos mundos, encuentra su reflejo bajo el cielo y apenas se reconoce. Da una bocanada de aire y vuelve a sumergirse. Ahora se dirige al bosque de algas, que se eleva desde el suelo hasta la superficie como enormes troncos, y se introduce en él. Se balancea como si fuera un alga más. Suelta sus cabellos y cierra los ojos. Solo quiere sentir y escuchar el suave crujido del mar. Un murmullo que le llega al oído. Es una melodía, una canción de cuna. Abre los ojos y descubre un rostro demasiado cerca al suyo, siente el corazón que se le quiere escapar y comienza a nadar hacia la superficie.

—¡Que bruto eres! —grita Amanda en cuanto emerge un chico del agua—. Casi me matas del susto...

—Disculpa, no era mi intención asustarte, creí que estabas más lejos, detrás de las rocas —responde el joven, avergonzado y divertido a la vez.

Amanda se gira hacia la playa, está muy lejos y no tiene ni idea de cuánto tiempo lleva en el agua. Alcanza a distinguir que entre el grupo de amigas están unos jóvenes.

—¿Alguna vez has nadado hasta las rocas? —pregunta el chico.

—No, ahí se forma una corriente muy peligrosa.

—No lo suficiente para mí.

El joven comienza a nadar hacia mar abierto. Amanda lo sigue, y aprieta la patada para dejarlo atrás y llegar primero a la formación rocosa. Sale del agua y escala. Poco después, el joven se sienta a su lado. Trae un largo trozo de alga en la mano. Amanda se ruboriza cuando él la descubre observándolo. Es delgado y de piel muy blanca. Tiene en la espalda una constelación de pecas. Sus ojos son de un verde claro, casi azulado y los rizos le caen sobre la frente. Él le sonríe, pero ella desvía la mirada hacia la playa.

—Nadas muy rápido para ser una chica.

—Y tú muy lento.

—Puede ser. No estoy acostumbrado a nadar en el mar. Soy más bien pez de agua dulce.

Amanda sonríe, no sabe que decir, levanta un trozo de concha y comienza a restregarla contra la roca. Se siente observada.

—Soy Mateo, y el que está en la playa con Alonso y tus amigas es mi hermano Román.

—Yo soy Amanda.

—Lo sé, me lo dijo tu hermana.

—¿Llegaron hace mucho?

—Hace más de una hora.

—Me refería al pueblo, si llevan mucho tiempo de haber llegado.

—Hace casi tres semanas. Venimos de la capital.

—Es un viaje muy largo, ¿no?

—Sí. Hicimos más de una semana de viaje. Una buena parte viajamos en tren y el último trayecto en coche.

—Yo nunca he salido del pueblo, ni siquiera conozco San Diego, pero me gustaría viajar.

—Yo tampoco había viajado antes. Es la primera vez que salgo de la ciudad y ¿sabes que es lo peor? Que nunca había visto el mar...

—¿Nunca, nunca?

—No, la primera vez que lo vi fue de camino hacia aquí. Solo me lo había imaginado cuando leía algo en los libros de geografía o en las novelas. Lo había visto en fotos, pero no tenía ni idea de su enormidad ni de la intensidad de su color azul.

—Yo no puedo imaginar mi vida lejos del mar. Creo que me asfixiaría en la ciudad.

—¿Vienen seguido a esta playa?

—Antes veníamos más, pero desde que a mi hermana ya no le gusta meterse al agua casi no. Ahora voy más seguido a Playa Blanca. Ahí puedo ir sola.

—Playa Blanca es bonita, pero esta me parece espectacular.

—Esta no tiene nada de espectacular, conozco una que te dejaría con la boca abierta. Ni siquiera te la puedo describir. Tienes que verla con tus propios ojos.

—¿Está cerca de aquí?

—No. Ahí solo se puede llegar a caballo y luego hay que rodear un acantilado en lancha o si te atreves, nadando. Poca gente la conoce. Yo sé cómo llegar, porque mi papá me ha llevado varias veces.

—¿Crees que podrías llevarme alguna vez?

—Sí, pero tendrás que mantener el secreto. No nos gustaría que la gente la descubriera.

—Te prometo que sé guardar bien los secretos.

—Deberíamos volver a la playa, creo que mi hermana nos está haciendo señas.

Amanda se echa al agua y Mateo la sigue. En la playa, Amelia está sola, tiene muy mala cara y no espera a que su hermana salga por completo del agua para arrojarle su ropa.

—¡Estoy que te mato Amanda! Hace un buen rato que mis amigas se adelantaron para ir a casa de Alonso y tú metidota en el agua como renacuajo.

—Fue mi culpa —interviene Mateo—. La idea de ir hasta las rocas fue mía.

—Bueno, ya no importa —cambia el tono de voz—. Vístanse pronto e igual y los alcanzamos por el camino.

Mateo se acerca a Amelia y le ofrece ayuda para cargar el bolso que trae la joven. Amanda se mal viste y lanza miradas asesinas a su hermana mientras carga las telas húmedas y pesadas. Observa cómo Amelia se arregla constantemente el cabello. La conoce tan bien que espera verla coger un mechón de pelo y pasárselo entre los labios, como hace siempre que hay un chico delante de ella. De subida por el acantilado, finge que pisa en falso y Mateo le ofrece el brazo para ayudarla. Amelia no lo suelta hasta llegar arriba. Amanda camina detrás de ellos, escuchando las preguntas que hace su hermana y que él responde sonriente. Amanda interviene en la plática en un par de ocasiones, pero Amelia recupera enseguida la atención de Mateo con algún comentario. Amanda se rinde y regresa en silencio pateando piedras hasta conseguir golpear la pantorrilla de su hermana. Como no encuentran a sus amigas por el camino, deciden regresar a casa. Mateo las acompaña hasta la puerta y se despide de ellas en el porche, pero antes de marcharse se dirige a Amanda.

—Sirenita, acuérdate que tenemos una cita.

—¿Sirenita? —se burla Amelia en cuanto se va Mateo.

—Sí, ya ves que no todos los renacuajos nos convertimos en sapos como tú...

*

Lucía está en la cocina, prepara un pastel de bodas. Lleva todo el día horneándolo por tandas y la casa huele a vainilla y plátano.

Hace una pausa después de preparar el decorado. Se ha dado cuenta de que sus hijas se evitan una a la otra desde que regresaron de la playa el día anterior y las llama a la cocina. Amanda baja de mala gana, con un libro en mano, y se sienta junto a la mesa. En cuanto ve que aparece Amelia, finge reanudar la lectura.

—Su padre tuvo que irse muy temprano —dice Lucía apartando el libro de las manos de Amanda—. Le avisaron que habrá buenos días de pesca y no quiere desaprovecharlos.

—¿Cuándo regresa? —pregunta Amelia.

—No lo sabe bien, puede ser que, en tres días o una semana, depende de lo que pesquen.

—¿Y por qué no se despidió de nosotras?

—Tuvo que salir de madrugada y prefirió no despertarlas.

—¿Se encontraba bien para embarcarse? —pregunta Amanda—. Ayer por la mañana los vi en la cocina; traía sangre en la ropa...

—¿Qué fue lo que viste o escuchaste? —cambia Lucía el tono.

Un golpeteo en la puerta principal interrumpe la conversación. Amelia se dirige a abrirla, pero Lucía se adelanta y pide a sus hijas que no se asomen. Amanda la sigue hasta el recibidor. Soy el Pulgas, se escucha tras la puerta. Lucía abre poco para asomarse.

—Ábrame bien, Lucía, así no puedo ver esa cara tan bonita que tiene. Necesito darle un mensaje, ¿o es que prefiere que venga a dárselo el Mazo? Aunque ya sabe que él es hombre de pocas palabras...

Lucía quita la cadena y abre la puerta un poco más. El Pulgas, que tiene estatura baja, se asoma de puntas para ver quien está en la casa. Lleva los dientes muy amarillos y afilados, tanto como la navaja con la que se ha ganado el apodo por su poca paciencia. La saca del pantalón y comienza a limpiarse las uñas con la punta.

—Mi patrón quiere hablar con don José.

—Dile a tu jefe que mi marido no está.

—¿Y adónde se fue?

—Salió a pescar y no tengo ni idea de cuándo va a regresar.

—¡Qué interesante! Porque esta mañana me pasé por el puerto y nadie lo vio subirse a la Catalina. ¿No será más bien que don José se le está escondiendo al patrón?

—Mi marido no tiene motivos para esconderse...

Lucía intenta cerrar la puerta, pero el Pulgas alcanza a meter el pie y detenerla.

—No tan rápido, Lucía, no se me enoje. Don Rómulo solo quiere hablar con él, pero si no está el hombre de la casa, ya sabe que también se puede entender con usted. O con alguna de sus hijas que están rete chulas. Las vi hace poco en la playa y ya están bien formaditas, ¿no?

Lucía pateo el pie del hombre y cierra la puerta de un golpe.

—Si su marido vuelve pronto, nomás dígame que don Rómulo quiere hablar con él sobre el asunto de los calamares. El sabrá a que me refiero.

Lucía espera a que el Pulgas salga del jardín para alejarse de la puerta y abrazar a sus hijas. Sin dar explicaciones de lo que acaba de suceder, pide que la ayuden a montar el pastel y decorarlo. Amanda aprende a formar pétalos de rosas y Amelia repasa con una espátula las imperfecciones. Pasan el resto de la tarde en la cocina. En algún momento se le escapan las lágrimas a Lucía, pero se las limpia de inmediato. Antes de cenar terminan de remendar algunos de los arreglos en los vestidos que usarán al día siguiente en la boda de los Biyaf. Amanda, como casi cada noche, termina el día escribiendo en su diario. Abre la ventana de su habitación y se arrulla con el murmullo de su mar.

